

### MARÍA, PORTADORA DEL GOZO

También este cuaderno, dedicado al tema de María y la virginidad, cumple a su manera la profecía que salió de los labios de la Virgen en el sentido de que “la felicitarán todas las generaciones” (*Lc* 1,48). Parece que traducen más exactamente la Biblia de Jerusalén y la Biblia paulina cuando prefieren la versión “me llamarán bienaventurada todas las generaciones”. En efecto, se trata de algo más que de aquella “felicitación” de la que cree que será objeto Zilpá, la esclava de Lía, por el hecho de haber dado a luz un segundo hijo a Jacob, y que por ello llamará “Aser” (*Gn* 30,13).

La “bienaventuranza” –palabra fuerte del Nuevo Testamento– ya en griego antiguo describe la condición feliz de los dioses: los “makárioi” son los habitantes del otro mundo. En griego bíblico significa la dicha del otro mundo que irrumpe en éste. “Bienaventurados” son en primer lugar los santos, los que ya disfrutaban del gozo de la presencia de Dios, pero también –y esto es revelación del Evangelio aquella categoría de personas que Jesús enumera en sus “bienaventuranzas” y que a primera vista parecen los más destituidos de todo gozo: los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacíficos, los perseguidos, los injuriados. Si, a pesar de las apariencias adversas, son equiparados a los “felices” de la eternidad, no es sólo porque tienen asegurado el gozo del cielo. ¿Puede haber una alegría más grande que el descubrir que el dolor está preñado de vida y redención?

Digamos pues: ni el adjetivo “feliz”, ni “dichoso” alcanzan para traducir adecuadamente la carga de exultación celestial que vibra en el “bienaventurado”, así como nunca la palabra “amor” podrá manifestar lo que contiene la palabra “caridad”. También la fe tiene sus gramáticas.

Si María entonces declara y canta que “desde ahora ‘makarioüsin me’ (‘beatam me dicent’) todas las generaciones”, esto significa que en todas las edades los hombres percibirán en María aquel gozo eterno que a ratos se hace presente incluso en este valle de lágrimas, a través de la “bienaventuranza” de los “bienaventurados”.

Parece confirmar solemnemente este mensaje aquella mujer que alza la voz después de haber escuchado la prédica de Jesús, exclamando: “Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te criaron” (*Lc* 11,27). No podemos dudar de que esta mujer del pueblo, aun sin saberlo, se está refiriendo a María, está declarando bienaventurada a la Madre de Cristo.

Por cierto que María posee y comunica –sí, comunica– una alegría que no está basada en las “felicidades” habituales a las que aspira la doliente humanidad. Estas “felicidades”, al ojo atento se revelan muy emparentadas a las concupiscencias que el discípulo amado señalaba como características del mundo: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la soberbia de la vida (*I Jn* 2,16). ¿De qué se “felicitan” los hombres? De poder satisfacer esos deseos. ¿Cuándo se consideran “infelices”? Cuando las circunstancias de su vida o de sus personas les impiden saciarlas. Y sin embargo –y están todos los artistas del mundo para ilustrarlo– estas mismas “felicidades” los atormentan, los humillan, los derriban muchas veces. Se ha acostumbrado el hombre a glorificar lo que es su tortura, su infamia, su cansancio; se ha resignado a la idea de que la felicidad es hiriente y destructivo el goce.

Y ahora se presenta la nueva Eva que vive y ofrece la alegría pura, el gozo anticipado, en una palabra: la bienaventuranza.

A los torturados por los deseos de la carne les revela el gozo de la virginidad, la pureza de corazón, que permite ver a Dios. Increíble mensaje, cuya veracidad no se puede comprobar de otro modo sino viviéndolo.

A los decepcionados por el mundo aparentemente fascinante de las cosas, por la concupiscencia de los ojos, les revela la bienaventuranza de la conformidad con la sencillez de Belén y Nazareth, la pobreza de espíritu, de la que es el reino de los cielos.

A los derrotados en estas infinitas gñeñas que suscita el ansia de poder, a los despeñados por la soberbia de la vida, les revela su alegre esclavitud, su sujeción dichosa al Padre, ¡a bienaventuranza de la mansedumbre y ¡a humildad, que poseerán la tierra.

María imparte esta enseñanza no con palabras o discursos, sino por su propia vida. Ella es feliz, bienaventurada, porque virgen “no conoció varón” (*Lc 1, 34*), porque pobre “no había lugar para ella en la posada” (*Lc 2,7*), porque obediente se definía como “esclava del Señor” (*Lc 1,38*).

“Felicitarla”, declararla “bienaventurada” no consiste tanto en encomiarla, como en sentirse afectado por el gozo que irradia y en permitir que éste entre también en nuestra vida.

*Monasterio San Benito – Lliu-Llíu  
Chile*